

# Francisco de Miranda

## Precursor de Imperialismos

**ALVARO URIBE RUEDA\***

Es muy vago en la práctica el significado de la denominación de precursores. Dentro de ella caben manzanas sanas y frutos podridos. Hay de todo: idealistas honrados, traficantes y aventureros, aristócratas mal tratados, reos de derecho común, ideólogos sujetos a la última influencia intelectual de Europa, algunos delirantes perseguidos del gobierno español o de autoridades locales, agentes secretos, asalariados traidores y gentes de buena fe. Francisco de Miranda reunió al mismo tiempo algunas buenas y malas de estas características encontradas. Por su brillantez, su figuración e intensa actividad en Europa, merece tratamiento particular entre todos los que insurgieron contra el régimen español antes de la revolución de 1810.

Con los antecedentes conocidos de asedio tan prolongado a la América española, en especial por parte de Inglaterra, clásico enemigo, es difícil pensar que el separatismo (no la reforma social ni la reforma política), que se presentaba bajo el amparo de la potencia invasora, o que le pedía lastimosamente ayuda e intervención, pudiese calificarse de otra cosa que de traición a la Patria<sup>1</sup>.

---

*\*Abogado, politólogo, senador de la República, directivo del partido liberal.*

<sup>1</sup> Hoy, ante casos similares que ocurrieran entre nosotros, no habría quien dudara. Como nadie duda de que fue traición la colusión de Amador Guerrero, nacido en Cartagena, con los Estados Unidos para "libertar a Panamá en 1903".

Máxime cuando muchos de los considerados hoy día como precursores tenían notables y tradicionales lazos con España y su sistema, puesto que eran, por ejemplo: alto oficial del ejército español graduado en la península, como Miranda, hijo de español europeo; ex-Oidor de la Real Audiencia de Lima y secretario del Conde de Aranda durante su embajada en París, como don Pablo de Olavide; funcionario, hijo de funcionario español europeo y nieto y biznieto de españoles europeos por las dos ramas maternas, como don Antonio Nariño<sup>2</sup>; alto personaje del clero, como el dominico mejicano Fray Servando Teresa de Mier; o nobles criollos con títulos de Castilla, como varios que en el siglo XVIII, desde Méjico, Caracas y Santa Fe, pidieron ayuda a Inglaterra para separarse de España y dejar de pagar impuestos. No era definitivamente ni muy espontáneo, ni mucho menos popular, el movimiento separatista en esos años.

Francisco de Miranda merece tratamiento aparte. Es llamado el Precursor por antonomasia. Indudablemente, entre todos los propagadores de la idea separatista, es el de mayor notoriedad. Más en Europa que en la propia América española. Personaje atractivo, mezcla contradictoria de idealista y aventurero codicioso, con extraños poderes de convicción y seducción, puntilloso con los propios y amplio y desprevenido con los extranjeros, excepcionalmente informado para la época, de amplísima mas poco intensa cultura, gran lector, bibliómano y coleccionista, se paseó por el gran mundo de su época con la seguridad, la presencia de ánimo y el desparpajo de un español de los grandes tiempos. O sea, como causahabiente legítimo de un poder mundial de primera magnitud.

Después de ciento sesenta años de haber sido arrancada la América española de la Península europea con saña y con violencia, nadie creería hoy que un hombre como Miranda —que actuara como él actuó e hiciera las cosas que hizo en toda Europa— hubiera nacido en Caracas frente a las tórridas aguas del Caribe. Porque el "latinoamericano" de hoy es un ser inseguro, acomplejado e inauténtico que, habiendo sido instruido erróneamente desde hace más de un siglo para considerar el mundo occidental como cosa ajena y no propia, se da cuenta, sin embargo, de que su cultura y sus creencias no son distintas, y termina creyéndose colonizado, lo cual no deja de ser una seria lesión síquica. Sólo ahora se salva de esta situación mediatizada el campo de las letras. En él se mueven con soltura y originalidad los escritores de origen hispánico y ganan los primeros galardones a nombre de Occidente, sin que eso mismo ocurra con los exponentes del Tercer Mundo de verdad, africanos y asiáticos, que no pa-

---

<sup>2</sup> Se debe reconocer que ni Olavide ni Nariño tuvieron contactos dolosos con el imperialismo británico.

san más allá del balbuceo. Ojalá ésta sea la recuperación inicial e inesperada del cabo perdido de nuestra filiación histórica. El volver a mirar el mundo, por derecho propio, desde esa "altitud de pretérito amontonado".

## SU HUIDA A NORTEAMERICA Y EUROPA

Son suficientemente conocidos los pasos desconcertantes de Miranda. Terminados sus estudios en Madrid, ingresa en el Ejército Real como oficial de infantería. Sirve en España, en Argelia y Marruecos. Lucha contra los moros. Pasa una licencia en Gibraltar, donde el aprendiz caraqueño asciende a grados mayores de la masonería inglesa, que ya no abandonará en el curso de su vida. Es trasladado a La Habana por petición propia y destinado a combatir en ayuda de la independencia de los Estados Unidos, contra las tropas británicas situadas en las fronteras españolas de Luisiana y la Florida, y allí mismo es ascendido a Teniente Coronel. Sometido a investigación y juicio por peculado y contrabando durante un viaje de inspección a las fortificaciones del Caribe, se dirige a los Estados Unidos con recomendación de su General, mientras culmina el proceso.

El Ministro de España en Filadelfia, Francisco Rendón, lo lleva ante el General Washington y, por este medio diplomático, entra en contacto con los dirigentes de la joven república anglosojana: Hamilton, Knox, Adams, Aarón Burr, Thomas Paine y el francés La Fayette, con quienes comienza a planear desde entonces la separación de las provincias españolas de América.

Pasa a Inglaterra y allí se vincula, por medio del Ministro de España, con altos políticos ingleses como Lord Sidney. De Londres viaja a La Haya y Amsterdam, a Berlín, a Praga, a Viena y a Roma. En todas estas ciudades, aparece situado en alto nivel gracias a su brillantez, a su frenética curiosidad intelectual, a sus conocimientos militares, al dominio de los idiomas; pero la llave de oro para su ingreso en los altos círculos europeos del "despotismo ilustrado" es su bien manejada jerarquía masónica.

A través de Grecia y Turquía, deslumbrado por la hermosura del Bósforo y la pasada grandeza de Bizancio, entra Miranda en Rusia por Odessa, el puerto del Mar Negro. Desde el comienzo de su gira intercontinental ha tenido el cuidado de hacerse conocer por medio de rimeros de cartas de presentación previas, de modo que cuando llega a cada uno de sus destinos transitorios ya ha suscitado buena dosis de curiosidad, que sabe aprovechar con maestría. Miranda, fastuoso e informadísimo y, además, experto en comunicación, es precursor, también y por lo mismo, de la técnica contemporánea de relaciones públicas. Cumple, además, con otro requisito: se presume pero no se conoce bien el origen de sus fondos, empleados con largueza en atenciones, recepciones, trajes y objetos artísticos durante el curso de su vida útil.

## EL SECRETO DE SU EXITO EN RUSIA

Por el extremo sureste del imperio presoviético andaba en viaje de inspección el célebre Potemkin, primer Ministro y ex-amante de Catalina II o "Catalina el Grande", como la llamaba a sus espaldas el príncipe de Ligne, embajador ante ella del todavía Emperador de Alemania. La Zarina de Rusia, nacida en un principado germánico, era nieta política de Pedro el Grande y, como él, sagaz, inteligente y con sentido certero y majestuoso de la soberanía. Había asimilado tan sumamente bien las costumbres de su patria adoptiva y su carácter íntimo que aceptó escalar sin reato las gradas del trono regadas previamente con la sangre de su esposo. Esta importada autócrata de todas las Rusias estaba terminando de construir en esos días el aparato de Estado y el colosal espacio geopolítico que logró la dinastía de los Romanoff y que se conservan hoy aventajados, excepto en América, cuyos territorios rusos fueron vendidos a la república norteamericana hace un siglo.

Los problemas que planteaba el avance imperial en el Extremo Oriente y en la costa occidental de América, donde los establecimientos de los rusos se acababan de topar con los de Nueva España, preocupaban en serio a Catalina y a su primer Ministro. Y en esos días, precisamente, surgió de las aguas del Mar Negro un coronel español, el mismísimo Miranda, como una ganga inesperada.

Desde Catalina I y Pedro el Grande (1728) había proyectos de conquista de América por el Pacífico. Eran la secuela de la fuerte expansión rusa hacia el este que determinó el descubrimiento del estrecho de Behring, efectuado por un danés al servicio de Rusia. En 1741 los expedicionarios rusos reconocieron varios puntos de la costa noroeste del Nuevo Mundo<sup>3</sup>. Un poco más tarde, en viaje de inspección, llegaron hasta la isla de Vancouver y allí se encontraron ya con misioneros y soldados españoles, establecidos en Nutka por cuenta del Virreinato de Nueva España. Del paralelo 48 (hoy límite de Estados Unidos y Canadá) en adelante, hasta el 60 (Alaska) todavía existen nombres españoles: Alava, estrecho de San Juan de Fuca, canal Villegas, Laredo, Cuadra, Aristizábal y Revillagigedo en recuerdo del virrey de Méjico y, por último, Valdés muy cerca de Anchorage.

Aunque parezca vuelo de la fantasía, dentro de los gigantescos proyectos de los rusos estaba la conquista de la California española en pos del oro y la plata de Méjico. Los europeos nórdicos suponían, tal vez a causa de la Bula del Papa, que a los españoles les había caído del cielo las tierras de América, sin esfuerzo ni padecimiento, y que las podían ocupar como bienes vacantes.

---

<sup>3</sup> Francisco Santiago Cruz, "Fronteras con Rusia", Ed. Jus Méjico, pág. 57. Archivo Gral. de la Nación (Méx.) "Noticias de Nutka" Tomo XXXI.

Aquellos proyectos expansivos han sido estudiados suficientemente en la Unión Soviética de hoy. El mayor apologista de Miranda, el venezolano don José Nucete Sardi, al tiempo que nos desliza una versión angelical de la trayectoria mirandina, tiene la suficiente lealtad con sus lectores para transcribir partes del estudio del profesor ruso V. M. Mirochevski<sup>4</sup> que analiza interesantísimos datos tomados del "Archivo General de la época feudal y de servidumbre", como hoy se llama en la U.R.S.S, muy solemnemente la época del zarismo. Tal estudio desvela las intenciones de la Corte de San Petersburgo y denuncia, además, los planes guerreros que tenía el imperio euroasiático para apoderarse de parte del territorio hispanoamericano.

## EL AVANCE RUSO HACIA MEXICO

El interés de la Emperatriz en el militar español, experto conocedor de los ejércitos y plazas fuertes de la América hispana, no fue resultado del atractivo erótico de Miranda a los treinta y seis años de su edad frente a los cincuenta y siete de Catalina. Habría podido serlo, porque la insaciable soberana, a la par que Miranda, era también precursora de la emancipación, pero de la emancipación de la mujer. Hacía uso de los hombres como y cuanto le venía en gana, sin dejar que la alcoba se convirtiera en despacho de los asuntos de Estado. Satisfechos sus instintos y su curiosidad, los arrojaba de su lado y del Palacio por la escalera secreta de los tránsitos nocturnos, cargados, eso sí, de oro, regalos, títulos y siervos del campo, en prueba fehaciente de gratitud por sus esforzados servicios. Sin embargo predominaba en ella, ante todo, la razón de Estado; era la heredera directa de la visión europea y mundial de Pedro el Grande, verdadero creador del Imperio moscovita y antecesor legítimo de Stalin. Catalina, además, se había connaturalizado, como si le viniera en la sangre, con el genio político eslavo-tártaro que se manifestó después con gran poder dialéctico en Lenin.

Cuando Miranda entró en Rusia (1786), la política exterior del zarismo no estaba limitada aún a arrebatar al decadente imperio otomano el Bósforo y los Dardanelos. Desde el punto de vista de la estrategia mundial, los otros objetivos rusos, tanto el del desplazamiento formidable hacia Siberia y la Alaska americana, como el básico desde Pedro, el de la europeización y la influencia en ese continente, se podían cumplir en parte con un golpe a España que, en esos años, era aliada de Francia por el borbónico Pacto de Familia. De ahí el interés que suscitaba Miranda, tanto en Catalina como en Patiomkin. Además, había otros puntos de contacto.

Catalina era la vanguardia coronada del Despotismo Ilustrado. Amiga de

---

<sup>4</sup> José Nucete Sardi, *Aventura y Tragedia de don Francisco de Miranda*, Ed. Plaza y Janés, pags. 304 y sigs.

Voltaire, lectora de la Enciclopedia y "filósofa", la Emperatriz, como ha ocurrido después con jefes de Estado y dirigentes de Suramérica, era progresista hacia el exterior, pero tirana y reaccionaria de puertas para adentro. Miranda, a su turno, era una "rara avis" española que provocaba sorpresa y curiosidad. No se suponía que, viniendo del legendario y tergiversado país de la Inquisición y la Contrarreforma, pudiera ser masón y enciclopedista. Claro que en Madrid había muchísimos de estos especímenes, comenzando por el Conde de Aranda, pero la simplificación de los europeos respecto de las cosas españolas era tan gruesa como la que hoy emplean para analizar las cosas de Hispanoamérica.

Catalina y Patiomkin necesitaban de Miranda, sin que esto quiera decir que el caraqueño no hubiera empleado a fondo todas sus finas artes de hombre de mundo para conquistarse el favor de la Corte rusa. Hasta tal punto tuvo éxito que salió de San Petersburgo con el grado de coronel efectivo del ejército y derecho a usar el uniforme en el exterior; con una pensión de mil ducados de oro<sup>5</sup>; con cartas de crédito por diez mil rublos para Estocolmo, Copenhague, Hamburgo y Londres, conseguidas por Mamonoff<sup>6</sup>, amante en turno de Catalina; y, por último, con un pasaporte imperial que obligaba a las misiones diplomáticas de Rusia a reconocerle como agente de la soberana y a ayudarle en sus gestiones y desplazamientos.

Los vínculos políticos, militares y financieros de Miranda con las autoridades rusas, en plena confrontación entre España y Rusia por la costa americana del noroeste, desmienten la versión angélica de sus panegiristas, referente a su desinteresada lucha por la libertad y la revolución política de la América española. El hecho de entenderse con la autocracia más implacable de la época y recibir su dinero para luchar contra España, que era su patria desde el punto de vista jurídico, político, cultural, y, desde luego, de raza, quita toda justificación ideológica a su actividad en Rusia y lo sitúa en el campo de la defecación.

Que Miranda durante esos años no estaba pensando en serio en revolución de instituciones, ni en la emancipación de la América española (esta idea sólo la fraguó cuando se percató de la decisión de Inglaterra de hacer la guerra para arrebatarse a la Corona los reinos americanos), lo prueba el hecho de que, al regresar a Londres en 1789, después de su largo viaje de cinco años, intentó reconciliarse con el gobierno español por medio de carta directa al conde de Floridablanca, primer Ministro de S.M. Carlos IV, en la cual decía de manera exculpatoria:

---

<sup>5</sup> Descola, Obra citada, pág. 159. Encina, Obra citada Tomo I pág. 407.

<sup>6</sup> Archivo del General Miranda, Tomo III, pág. 309.

“Pero es igualmente cierto que yo no tengo empeños contraídos con nadie, ni he tenido jamás la más remota actuación que no convenga con los principios estrictos del honor y de mi estimación... Si tuviera la fortuna de estar silla a silla con V.E. le pondría las cosas delante con la mayor evidencia, pero me remitiré a cuanto el excelentísimo señor don Bernardo del Campo<sup>7</sup> guste decir a V.E., pues me ha tratado bastante tiempo y conoce mejor mis principios invariables”.

El ministro no dio curso a la petición de Miranda y se dirigió a la misión española de Londres en estos términos:

“Como ese caballero está comprendido en un proceso pendiente en que conviene se defienda y purifique su conducta, no puede Su Majestad en estas circunstancias tomar un partido para hacer uso de él...”

Después de esta carta, Miranda cortó del todo sus vínculos con España y, muerta la Emperatriz Catalina, se dedicó a trabajar con el gobierno británico<sup>8</sup>.

## LA ACUSACION POR CONTRABANDO

¿A qué se refería Floridablanca al hablar de un proceso pendiente?

En 1782, después de una exitosa campaña en el Golfo de Méjico y el Caribe, con victorias en Pensacola, Providence y las Barbadas, Miranda había sido enviado a Jamaica por su superior y amigo, el general don Juan Manuel Cajigal, gobernador de Cuba, a pactar el canje de prisioneros. Registrado el barco de Miranda por el almirante inglés, fueron encontrados cuarenta mil dólares que le confiscaron y luego le devolvieron, según se pudo saber mucho tiempo después por medio de los archivos británicos<sup>9</sup>. “Parece ser, dice Encina, que el dinero que conducía Miranda era de propiedad de él y de Cajigal, y que reunido a otra suma perteneciente a los comerciantes ingleses de Jamaica, Alwood y Eliphalet Fitch, se empleó en comprar dos buques que fletaron a La Habana un cuantioso cargamento cuyas utilidades se distribuyeron entre los cuatro. Cajigal reconoció haber autorizado el contrabando, como precio de los informes que los comerciantes Alwood y Fitch le suministraron; pero negó la participación suya y la de Miranda en las utilidades”<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Anterior embajador de España en Inglaterra.

<sup>8</sup> “El venezolano, al mismo tiempo que hace promesas de lealtad a la Corona española, está en relación con los peores enemigos del gobierno de Madrid y probablemente le entrega los planos de las fortificaciones españolas en América”. Descola, obra citada, pág. 150.

<sup>9</sup> Salvador de Madariaga, *Cuadro histórico de las Indias* Espasa Calpe, pág. 1004.

<sup>10</sup> Encina, obra citada, pág. 394

Lo cierto es que Miranda fue acusado y procesado. Cajigal también fue comprometido en el proceso. Mientras avanzaba la investigación, el caraqueño partió para los Estados Unidos, bajo amparo de Cajigal. A los hechos de contrabando se agregó la sospecha contra Miranda de haber sustraído los planos de las fortificaciones de La Habana, cuya desaparición se descubrió a raíz de su partida. Esta sospecha condujo a que la misión diplomática de España en Londres lo vigilara con cuidado desde su arribo a Inglaterra en su primer viaje. Y puede afirmarse que la sospecha se convierte en evidencia, cuando se observa, como más adelante se verá, que en el plan para invadir la América española que presenta Miranda al primer ministro Pitt en 1790, a pedido de éste, se encuentra un informe detallado sobre las fortificaciones de La Habana.

Es curioso y coincidente el sino de algunos Precursores en cuanto a acusaciones y procesos por delitos económicos, antes del comienzo de su actividad separatista. Años atrás don Pablo de Olavide, como Oidor de Lima, fue acusado de malversación de fondos y llamado a Madrid. Y con posterioridad a los hechos imputados a Miranda, don Antonio Nariño, Tesorero de Diezmos de Santa Fe, fue juzgado y preso por desfalco en la caja puesta bajo su cuidado y administración.

Miranda poseía una encantadora y al mismo tiempo difícil personalidad que atraía en un principio, pero que más tarde decepcionaba y molestaba. Su retiro del ejército y su partida hacia los Estados Unidos no se debieron simplemente al proceso por contrabando, sino al hecho de que, a pesar de su competencia, su carrera militar en su país de origen se había hecho imposible por las envidias y resquemores que suscitaba su manera de ser. No conocía a los hombres y no preveía sus reacciones. Era impositivo con iguales e inferiores y su mente planeaba por fuera de la realidad. Cuando ésta no coincidía con sus intenciones, la tapaba mentalmente o atribuía los obstáculos a incompreensión de las gentes, pero no cambiaba de conducta. Creía resolver el problema elevándose en la niebla de sus ilusiones. Cuando Napoleón era apenas un prometededor oficial muy poco famoso conoció a Miranda que ya había llegado al pínáculo de su trayectoria como Teniente-General de la Francia revolucionaria (1794). Incrustado en el ambiente de frivolidad, corrupción e intrigas que siguió al régimen del Terror termidoriano y embriagado por el fasto inexplicable de su propio tren de vida, el caraqueño no se dio mínima cuenta del genio deslumbrador del corso. En cambio, Bonaparte lo "caló", como dicen los franceses, hasta el fondo: "Es otro don Quijote, salvo en la locura". Fue la misma perspicaz apreciación del presidente Adams que había tratado con él antes en los Estados Unidos y que, al conocer años más tarde uno de sus planes dirigidos a Pitt, en el cual daba por hecha una alianza de Inglaterra, Estados Unidos y la América española, escribió que Miranda era lo mismo que "su inmortal compatriota el legendario héroe manchego". Adicionalmente, la formación racionalista y enciclopedista de Miranda contribuía a su desacoplamiento de los hechos. Creía que el poder de "la diosa Razón" y de las institu-



ciones y normas jurídicas innovadoras prevalecían sin apelación sobre las experiencias de la vida colectiva de los pueblos y la vocación de su destino histórico.

Buscaba la grandeza y se creía tocado por ella. Hizo uso ilegítimo del título de conde en su célebre recorrido de Europa. En cuanto llegó a estudiar en Madrid, su primera actividad fue treparse a su árbol genealógico, poco aceptado por los mantuanos de Caracas, hasta que descubrió en alguna de las ramas laterales de su apellido que por allí colgaba un título nobiliario de Castilla. Aunque no correspondiera a su propia línea de ascendencia directa, lo agarró en un gesto muy criollo, para "presumir" por fuera de España. Su culto por la apariencia, también muy criollo, lo llevó a habilitar la partida de bautismo de un hermano menor nacido en 1754 y muerto de pocos días, que llevaba entre varios el nombre de Francisco, para quitarse coquetamente cuatro años. Sus biógrafos apasionados atribuyen el uso del documento a la necesidad de engañar a las autoridades españolas sobre su verdadera identidad, pero la declaración de edad incorrecta, e innecesaria en este caso, se encuentra en una carta dirigida a su amigo Cajigal desde los Estados Unidos en 1784, en que le anuncia su proyecto de visitar países extranjeros para cultivarse más y perfeccionar idiomas. Así le dice: "toda esta simiente, que con no pequeño afán y gastos se ha estado sembrando en mi entendimiento por espacio de **treinta años que tengo de edad**, quedaría desde luego sin fruto ni provecho por falta de cultura a tiempo". Miranda había nacido en 1750.

## SUS VINCULOS CON LA INGLATERRA ENEMIGA

En 1789 el conflicto contra España por Nutka se desplaza de Rusia a Inglaterra. Navíos británicos, después del retiro de los rusos, arriban a Vancouver para apoderarse de la isla y de la costa continental, y comienza el forcejeo entre Inglaterra y España. En esos días Miranda regresa a Londres después de cinco años. Sus acciones comienzan a montar en la bolsa internacional inglesa. Definitivamente para él, Nutka es la plabra mágica, el "ábrete sésamo" de su acceso al tesoro. El Primer Ministro, William Pitt, amenaza a España con la presencia en Inglaterra del coronel español, que ya había dado suficientemente qué hacer a la Corte de Madrid con sus imperiales intrigas en Rusia. Al mismo tiempo trata de alejar a España de su alianza con los expirantes Borbones de Francia. Comienza, así, para Inglaterra, bajo la batuta genial de Pitt, una política de esguinces y zarpazos alternativos frente a España y Francia, un juego de tennis habilísimo y agotador, de disparos sucesivos desde mitad del propio campo a cada una de las extremas esquinas del contrario.

Cuando Miranda hace público su interés de luchar contra España, mediante la provocación de un alzamiento en las provincias españolas de América conjuntamente con una invasión desde Inglaterra, Pitt, encantado, lo cita a una conferencia en Hollwood.

Por segunda vez, Miranda ha brotado de las aguas como una ganga feliz para los enemigos de su raza. De aquí en adelante será su instrumento.

Del propio Diario de Miranda aparece que la conferencia de Hollwood se efectúa en pleno amago de guerra entre Inglaterra y España. Esta incomprensible actitud de Miranda la destaca, quizá ingenuamente, el historiador Jorge Ricardo Vejarano que ha escrito, pese a su continua intención apologética, una de las biografías más apasionantes del Precursor.

Subrayemos la cuasi-confesión de Vejarano sobre la actuación de Miranda en Hollwood:

"Con su ordenada actividad y decisión se hizo introducir ante el ministro Pitt para manifestarle que **él sabía dónde estaba el corazón de España y cómo había que golpearlo**. Pero no tan sólo golpearlo, sino arrancarle al mismo tiempo las riquezas maravillosas de Suramérica"<sup>11</sup>.

Pitt pidió a Miranda que la invasión de la América española le fuese presentada y concretada en forma. En marzo de 1790, Miranda le entrega un plan completo. Como organización política, se haría de los cuatro virreinos y las tres capitanías una sola entidad estatal, desde la Luisiana hasta la Patagonia. Un "Inca" hereditario sería el jefe del Estado. Habría una cámara de los comunes elegida popularmente, un senado de "caciques" vitalicios (institución que, así sea por guasa de la historia, existe hoy en la práctica en ciertas repúblicas hispánicas donde se han podido mantener las instituciones representativas), un poder judicial nombrado por el Inca y, en resumen, toda una parodia de las instituciones inglesas. Iban después datos sobre las fuerzas terrestres y la marina de guerra de los territorios españoles y las fortificaciones de La Habana; análisis de la población y estado de ella con respecto a España; informes sobre los recursos naturales y humanos, la producción y el comercio; y, por último, propuesta de alianza formal con Inglaterra. Es decir, lo conocido hoy como "estudio de factibilidad" para el proyecto de que Inglaterra se apoderara del continente americano. A aquélla, Miranda le fijaba un aporte de quince mil hombres y de quince navíos, le pedía para sí mismo la jefatura militar de la expedición y una pensión de 1.200 libras anuales. En recompensa le ofrecía el monopolio del comercio de la América española (lo que ocurrió sin ceremonias en el siglo XIX), la apertura del Canal de Panamá y el oro y la plata del Nuevo Mundo. Se ve que, antes de la epopeya antibritánica del Río de la Plata, acaudillada por Liniers en 1806, Miranda y los demás precursores creían que las poblaciones hispanoamericanas estaban ansiosas, contra la secular experiencia, de acoger las invasiones inglesas bajo lluvia de flores y revuelo de campanas católicas.

---

<sup>11</sup> Jorge Ricardo Vejarano, *Bolívar*, Ed. Kelly, Tomo I, pág. 419.

## LA INTERVENCION DE PITT

Mientras tanto, Pitt negoció con Madrid, y Miranda tuvo que alejarse de Inglaterra, traicionado y contrito, para no regresar durante siete años. En Francia se enroló en los ejércitos de la república e intervino con éxito militar en la defensa de las fronteras del norte contra la coalición monárquica. De coronel, ascendió a mariscal de campo (general de brigada) y a teniente general. Quedó envuelto, sin embargo, por los turbiones del terror y la anarquía de esos años gloriosos y terribles. Los sorteó con presencia de ánimo e inmensa fortuna, en una época en que el mayor triunfo y quizá el único era el quedar con vida. Miranda no sólo salvó la suya, sino que también alcanzó a salvar parte del botín tomado para sí en la campaña del país flamenco<sup>12</sup>.

Regresó a Inglaterra después que esta nación volvió a declarar la guerra a España, a fines de 1796. A pesar del falaz comportamiento anterior de Pitt (igual al de los jefes de Estado, pragmáticos y realistas, que utilizan, exprimen y tiran al basurero de la historia a quienes se dejan convertir en sus agentes), Miranda, ya definitivamente obseso por la pasión separatista, se acercó de nuevo a él para aprovechar la coyuntura internacional favorable. El poderoso ministro volvió a recibirlo con estudiada y pérfida afabilidad. Miranda le hizo entrega formal de un Acta de Diputados de las provincias españolas de América, firmada aparentemente en París, después de una asamblea realizada aparentemente en Madrid, en la que el propio Miranda y los jesuitas Pozo y Salas, insinuados años antes por Pitt a Miranda, y con la firma, casi seguramente apócrifa pero conocida, del anciano don Pablo de Olavide, pedían auxilio conjunto a Inglaterra y Estados Unidos y planteaban una alianza imposible de estas potencias y la América española independiente, para luchar contra España y Francia, aliadas en ese momento. A Inglaterra le solicitaban trece mil hombres de tropa y le ofrecían las islas de las Antillas, una suma de dinero que estaba por establecer y que sería tomada de las ricas minas del Perú y Méjico, y el tránsito libre por el futuro canal de Panamá. Los Estados Unidos mandarían siete mil hombres y recibirían nada menos que la Luisiana, las dos Floridas (que más tarde adquirieron) y las Antillas que no tomara Inglaterra, además de la exclusividad del transporte marítimo de todos los productos de Hispanoamérica. La parte del león era, sin duda, para el naciente imperio de Norteamérica. Si el plan no apareciera hoy como producto del desvarío, a pesar de que el precio ofrecido pródigamente por Miranda y sus exjesuitas fue pagado por la América española más adelante cuando cayó en las garras de los dos imperialismos anglosajones, no habría corazón patriota que no rechazara con santa ira la oferta de mutilar el territorio nacional, a cambio de intervención y ayuda extranjeras en los asuntos interiores.

Tanto Pitt como Adams en Norteamérica no tomaron en serio el Acta de

---

<sup>12</sup> José Nucete Sardi, *Obra citada*, págs. 151, 156.

París. El primero seguía empeñado en separar a España de la alianza con Francia. Miranda en Londres comenzó a ir de una a otra parte, vio mejorar su estrella con el retiro de Pitt y la promesa de apoyo dada por el nuevo gobierno, del cual formaba parte su amigo Vansittart, pero todo volvió a esfumarse con el regreso de Pitt al gobierno, salvo la pensión de 700 libras anuales que le fijó el gobierno británico mientras se podía realizar la mítica invasión a Venezuela.

## EL FRACASO DE LA INVASION A VENEZUELA

Más tarde, a fines de 1805, con España unida firmemente a Napoleón, el ministro Pitt resolvió aceptar el insistente proyecto del almirante Popham de invadir y conquistar para Inglaterra el virreinato del Río de la Plata, como paso previo para la conquista del Perú. Entonces volvió a pensar en Miranda, no para entregarle el mando del ejército expedicionario dirigido al cono sur de América, sino para que le sirviera de añagaza en un amago de invasión fabricada artesanalmente contra el norte del continente sudamericano, a fin de proteger el golpe de Popham que partiría del África del sur. Pero como Pitt no quería aparecer de frente contra España en todos los campos de operaciones, pues insistía en separarla de Napoleón, como en efecto lo logró más adelante, excitó a Miranda a que tratara de buscar la ayuda de los Estados Unidos. Miranda llegó allí y el gobierno norteamericano tampoco dio oficialmente la cara —asimismo empeñado en aislar a Napoleón— pero le buscó apoyo privado en connivencia con Inglaterra, todo con el fin de que la expedición contra Venezuela apareciese como producto de la iniciativa particular de Miranda. Lo fundamental era que se produjera un movimiento de diversión en beneficio de la sorpresa que preparaba Popham.

El regreso de Miranda a Venezuela después de treinta y cinco años de ausencia, al mando de un barco propio, el *Leandro*, y de otros cinco suministrados por los gobernadores de las Antillas británicas fue literalmente desastroso<sup>13</sup>. Pese a que la Capitanía no tenía fuerzas peninsulares, las milicias criollas y el universal concurso del pueblo aislaron y expulsaron a los batallones de aventureros anglosajones que comandaba don Francisco y tiraron a éste como desecho de naufragio a las playas inglesas de Barbados, con todo y el uniforme de Teniente General de Francia, que fue su atavío desde que apareció en el puente de la nave capitana, el día que pisó tierra en la Vela de Coro creyendo que sus paisanos le llevarían en triunfo hasta Caracas. Entre tanto, Popham, sus cin-

---

13 "En este lugar (Barbados) el jefe expedicionario se encuentra con el almirante Cochrane (Sir Alexander), a quien da cuenta de su travesía. El almirante en conocimiento de las negociaciones que Miranda había sostenido con su gobierno, firma con éste un acuerdo por el cual se compromete a ayudar al *Leandro* y a protegerlo contra cualquier ataque español y permite a don Francisco que reclute nuevas fuerzas en Trinidad y Barbados". José Nucete Sardi, *Obra citada*, pág. 234.

co generales y la flor de la infantería británica estaban siendo aniquilados por el populacho de Buenos Aires<sup>14</sup>.

Miranda vuelve a Londres a vivir una existencia desairada. De ella lo rescata Simón Bolívar en 1810 cuando, pese a instrucciones en contrario de la Junta insurgente de Caracas, de la cual Bolívar es representante, junto con López Méndez y Andrés Bello, para recabar ayuda del gobierno británico<sup>15</sup>, le invita a regresar a su tierra natal. Miranda vuelve a ser primer actor en aquella inicial república de Venezuela, la inefable "república aérea" que es liquidada por las partidas de "pardos" venezolanos al mando de los españoles peninsulares Boves y Monteverde, bajo las banderas del Rey. El generalísimo Miranda, vencido, firma con Monteverde la Convención de San Mateo y trata de alejarse de Venezuela por la Guaira. Bolívar, con Casas, comandante del puesto, que está secretamente de acuerdo con Monteverde, y otros jóvenes oficiales de línea dura, presumen, según ellos, que Miranda huye con el tesoro del ejército, le cierran el paso hacia la flota inglesa que lo espera en puerto y lo entregan al enemigo, en un acto desleal e inhumano que no ha tenido hasta hoy explicación satisfactoria por parte de los biógrafos de Bolívar.

Monteverde, incumpliendo las capitulaciones del armisticio, encarceló a Miranda, lo envió encadenado a Puerto Rico y de allí fue trasladado a España, ya en condiciones acordes con su rango. Fue encerrado en el Castillo de las Cuatro Torres de Cádiz.

En Londres el gobierno soportó el acoso de infinidad de peticionarios, encabezados por el ex-ministro Vansittart, para que gestionara su libertad ante España que era aliada de Inglaterra desde la guerra de independencia de la Península contra Napoleón. El gobierno inglés, del cual ya formaba parte Canning, abandonó a Miranda impiadosamente, a pesar de haber tenido en él a su eterno corifeo. En otros casos de prisioneros, cobijados como él por el armisticio de Monteverde, el gobierno británico obtuvo, cuando lo quiso, la gracia de Madrid. Menos en el caso de don Francisco de Miranda, con el cual estaba en la mayor de las obligaciones.

---

14 "...el célebre general Miranda traicionando su raza y faltando a los deberes de patria, había acordado con los ingleses revolucionar Venezuela, mientras ellos se apoderaban de la Colonia de Buenos Aires; pero fueron frustrados sus intentos por la firmeza de Liniers y el patriotismo de los bonaerenses", Sañudo, obra citada, pág. 59.

15 "Después de varias reuniones con el Marqués de Wellesley, Secretario de Estado para Asuntos Exteriores, los Diputados se convencen de que no pueden conseguir lo que querían. La alianza con España en la lucha contra los planes napoleónicos no deja al Gobierno británico con bastante libertad de acción para entenderse con los patriotas americanos", Carlos Pi y Sunyer, **Patriotas americanos en Londres**, Ed. Monte Avila, pág. 76.

¿Por qué se inhibió Inglaterra de interceder por Miranda? Parece que una de las condiciones de la última coalición de Inglaterra con España para la derrota de Napoleón fue la de mantener a Miranda en el Castillo de Cádiz. Allí murió el brillante general que toda su vida había apostado a la carta inglesa. Expiró un 14 de julio, en la misma fecha que el pueblo de París, veintisiete años antes tomó la fortaleza de La Bastilla en busca de la libertad. Pero en este 14 de julio de 1816, los Borbones restaurados reinaban en Las Tullerías y Napoleón, ya en la pendiente de la muerte en una isla perdida del océano, era víctima igualmente de la perfidia inglesa, en su caso, mas no en el de Miranda, perfectamente comprensible.